

Libertades

O qué significa ser libres en un mundo predeterminado

EDUARDO RODRÍGUEZ NOV 23, 2025



Platón puso en boca de Sócrates (o Sócrates en la mente de Platón) la idea de que todas las personas buscamos el bien, τοῦ ἀγαθοῦ, y de que el mal no es nada más que una consecuencia de nuestra ignorancia. Si todos conociéramos el bien, según Platón, no existiría el mal. Platón no lo dice, pero puesto que él mismo cree en un solo Bien inmutable y eterno, se sigue necesariamente que, si todos lo conociéramos a la perfección, todos nos comportaríamos de la misma manera. Seríamos todos, en esencia, la misma persona, persiguiendo siempre los mismos objetivos, reaccionando del mismo modo ante las mismas circunstancias. Es decir, si creemos a Platón, deberíamos dar gracias de nuestra individualidad a la infinita variedad de nuestra ignorancia.

Esta teoría ha sido criticada de mil maneras, ya desde Aristóteles, pero quizás la más poderosa es la que se inicia con Nietzsche para acusarla de intelectualismo, de no tener en cuenta las pasiones, la voluntad, lo irracional e inconsciente (y su utilidad). El comportamiento humano, dicen estas críticas, no resulta de un cálculo deliberado basado en nuestros conocimientos, sino que emerge del batiburrillo de pulsiones, deseos, traumas e información que nos constituye, y entre las cuales el pensamiento consciente supone solo un elemento más. Para Freud, el yo consciente propone racionalizaciones o argumentos inventados a posteriori para comportamientos que han sido ya decididos de antemano en las negociaciones entre los flujos subconscientes y los censores; y entre la neurociencia contemporánea se encuentran personas, como Anil Seth, que consideran que el yo es un epifenómeno, un mero artefacto de la simulación controlada en la que consiste la experiencia del mundo.

A mí, aunque tampoco creo en el yo como un centro substancial de decisión, la propuesta de Platón no me parece ni ridícula, ni ingenua, ni mucho menos absurda. Creo que, efectivamente, buscamos lo que consideramos “bueno” en cada momento dado, porque, reutilizando su argumento, ¿qué buscaríamos si no, lo malo? Si admitimos que ese bien no tiene por qué ser consciente y dejamos de asociar al bien con la moral (es decir, si dejamos de postular un bien único, eterno y universal), las objeciones de Nietzsche y Freud desaparecen. Yo busco lo bueno, otra cosa es que lo que yo considero bueno difiera de lo que consideras bueno tú, o que yo mismo no tenga claro qué o por qué valoro lo que valoro. A lo largo de estos ensayos, he estado hablando de “valor” en lugar de hablar del “bien” y del “mal” para evitar en la medida de lo posible la relación con los sistemas morales y sus connotaciones.

La clave aquí es que, dado cualquier fenómeno, no importa cómo de trivial, tú tienes una preferencia. ¿Prefieres el cine o la lectura, el té o el café, el azul o el colorado, a tu padre o a tu madre, la vida o la muerte, la sumisión o la guerra? *La capacidad de juicio no suele ser cálculo, sino introspección*: no tienes que decidir qué es mejor a base de aplicar criterios, sino que tienes que preguntarte a ti mismo (tienes que *descubrir*, casi *recordar*, como postulaba Platón) qué te gusta realmente o, como solía decirse, qué quiere tu corazón. Tú “sabes” ya lo que quieres, aunque no lo “sepas” conscientemente. Y cuando te encuentras indeciso, es porque valoras distintas opciones de forma equivalente, equiparándolas, no porque nunca las hayas valorado, no porque no “sepas” ya qué valor les otorgas.

Estos valores que yo no decido ni calculo, que se encuentran ya “dentro de mí”, pueden en ocasiones tener un origen biológico (nuestra preferencia habitual por sobrevivir, por ejemplo) pero acaban siempre siendo mediados por nuestros sistemas de aprendizaje. Miramos en torno, observamos qué valoran las personas a las que valoramos, y pasamos a valorar nosotros mismos una combinación de todas ellas. El bien acaba siendo así único en cada uno de nosotros, porque todos nos vemos expuestos a infinidad de personas diferentes que valoran diferentes cosas con distintos grados de apreciación: así, el desprecio moderado de mi abuelo (cuya opinión cuenta menos que la de mi padre y tanto como la de sus hijas) por el psicoanálisis y la psicología en general se multiplica por la admiración por Freud de mis tías y el respeto (también moderado) de mi padre para resultar en mí en una actitud interesada pero crítica. El bien en sentido moral (el deber) o estético (la belleza) resulta de un consenso contingente e histórico en torno a todas estas fuerzas. No habría según esto una diferencia esencial entre psicología, ética, política y epistemología.

Sin entrar en estos detalles, creo que muchos lectores estarán de acuerdo con la idea de que, generalmente, buscamos lo que consideramos mejor; incluso con la idea de que esa búsqueda sea con frecuencia inconsciente. Pero si, parafraseando a Schopenhauer, yo escojo lo mejor pero no escojo qué considero lo mejor, ¿dónde se queda la libertad?

Si yo voy a una heladería, escogeré siempre el helado que me gusta más (en Minneapolis ese era el *Nicollet Pothole*, una masa de distintos tipos de chocolate con varias texturas deliciosas; en Madrid aún tengo que encontrar su equivalente). Si un día decido pedir otro, es porque he consumido mi favorito recientemente, o porque creo que de vez en cuando hay que probar cosas nuevas, es decir, porque hoy, en las circunstancias actuales, creo que lo mejor es otra cosa. En cualquier caso, estoy escogiendo siempre lo que considero mejor, aunque este mejor sea contextual y se halle sujeto a circunstancias cambiantes. Pero si no decido ni las circunstancias que provocan el cambio ni los valores que lo determinan, evidentemente mi proceso de decisión está predeterminado, no es “libre”.

Y, sin embargo, una persona decidiendo qué helado comprar, sopesando su gusto por el chocolate contra su gusto por la novedad, ¿no es acaso libre? No digo que se *sienta* libre, ya sabemos que los sentimientos pueden engañarnos o incluso, como sostienen Seth y otros, formar parte de la alucinación del yo. Lo que planteo es más radical: ¿qué es la libertad si no es este mismo mecanismo de resolución de acciones, este recálculo?

Cierto, no hay aquí un yo que decide, un sujeto en sentido tradicional, solo un proceso determinista en el que, dados unos valores preestablecidos, se resuelve una solución: no hay sujeto, solo verbo. Pero si nosotros mismos somos ese proceso, ese verbo, no aquellos que deciden, sino *el decidir mismo*, ¿no estaremos diciendo la verdad cuando afirmamos que somos libres?

Supongamos que, antes de que logre decirle al heladero que quiero un helado de chocolate, alguien me forzara a pedir a punta de pistola un helado de limón (ningún escenario menos extremo me resulta creíble). Evidentemente, diremos que mi elección no ha sido libre, porque reconocemos una diferencia enorme entre una elección determinada por valores y mecanismos de decisión, y una elección coartada por la violencia.

O supongamos que en la heladería solo tienen tres sabores disponibles: vainilla, mango y limón. Nuevamente, consideraremos que mi libertad se ha visto reducida. De hecho, mi libertad se vería reducida incluso si los tres sabores incluyeran mi favorito, si fueran, por ejemplo, chocolate, limón y mango, porque, puesto que las otras dos opciones no me tientan en absoluto, no se introducirían en mi proceso de decisión variables adicionales como el valor de la novedad.

Es decir, cuanto más complejo es el proceso de decisión y cuantas más posibilidades de acción nos encontramos, más libre consideramos esa acción, incluso teniendo en cuenta que ninguno de los pasos de ese proceso haya sido “libre” por sí mismo –incluso si la acción misma se resuelve del mismo modo en circunstancias variables. Si me veo forzado a punta de pistola a escoger mi helado favorito en una heladería en la que solo ofrecen tres sabores, mi libertad seguirá siendo mínima.

El problema no es que no seamos libres, el problema es que, cuando se trata el tema de la libertad desde un punto de vista filosófico, se enmarca siempre en el presupuesto de un yo substancial, es decir, de un yo que es algo más que la suma de lo procesos que lo constituyen, una mistificación parecida al concepto del “alma” y para la cual no hay evidencias ni físicas ni fenomenológicas.

Existe, de eso no cabe duda, el cuerpo. Y existen los procesos que se dan en la totalidad corporal y que resultan en el comportamiento –en los movimientos de ese cuerpo, incluidos los movimientos microscópicos del pensamiento (no me parece innecesario recordar que también el pensamiento y la información poseen una realidad material, porque se nos olvida con tanta frecuencia).

Todos estos procesos están sujetos a estructuras causales físicas y se hallan por lo tanto predeterminados. Este es el punto en el que se suele concluir que la libertad no existe. Pero podría concluirse de igual modo que no existen nada más que sistemas y procesos, y que por lo tanto no hay nadie a quien llamar “libre” o “no libre”, *excepto a los procesos mismos*.

Porque si tomamos uno de estos subsistemas (mi totalidad corporal), y estudiamos el modo en que interactúa con su entorno, de pronto la pregunta por la libertad vuelve a tener sentido, y pasa además a coincidir con la comprensión común, no filosófica, de este término. Es decir, la libertad no es un absoluto, algo que el subsistema posee o de lo que carece, sino *una propiedad de las interacciones entre el subsistema y su entorno* (mi capacidad para elegir helados), que puede aumentar o disminuir según el estado del sistema total (la variedad de helados disponibles, la presencia de restricciones, la amplitud de mis conocimientos, etc.).

Puesto que el yo substancial no existe, la intuición común tiene razón en *sentirse* libre en el momento de decidir, en el instante en que se observa a sí misma como *pura actividad*. Es, somos, siempre verbo, nunca sujeto.